

DOCUMENTOS

PRÓLOGO DE GABRIEL MARCEL A LA OBRA DE FRANKL *UN PSYCHIATRE DÉPORTÉ TÉMOIGNE*

Introducción

Luis de la Peña Sánchez

Presentamos a continuación un texto inédito que ponemos a disposición de los hablantes en español interesados en la logoterapia, con el consentimiento de los familiares de Frankl y de la editorial. Es la traducción al español del prólogo que escribiera el filósofo y dramaturgo Gabriel Marcel a la traducción al francés de la obra escrita por Frankl en 1946 sobre su experiencia en los campos de concentración *Ein Psycholog erlebt das Konzentrationslager (El hombre en busca de sentido)*. En Francia aparece esta obra más de 20 años después, en 1967, con el título de *Un psychiatre déporté témoin (El testimonio de un psiquiatra deportado)*, en Editions du Chalet, Lyon. Una segunda edición data de 1973.

Menciona Marcel que conoció personalmente a Frankl en su ciudad de Viena (al decir que “por primera vez” nos es sencillo deducir que pudieron encontrarse en otras ocasiones; de estos encuentros no disponemos de más testimonios). El tono del Prólogo no puede ser más elogioso y entusiasmado. Reconoce que había leído recientemente su libro y que, frente a otras obras sobre el genocidio nazi, lo considera un testimonio de una calidad excepcional: sin negar el horror de lo vivido, que califica de infernal, sin embargo, lo que más le llama la atención son las páginas donde el deportado fue capaz incluso de salvaguardar su interioridad, en la experiencia del amor espiritual a su mujer, en la contemplación de la belleza o en los momentos de humor.

Al leer estas páginas incluso no puede contener las lágrimas. Es fácil suponer que en su memoria apareciera el recuerdo de sus seres queridos ya fallecidos y que a Marcel tanto le marcaron, su madre y su mujer,

y que le dejaron una huella tan esperanzada como para afirmar su ya célebre aforismo “Amar a alguien es decirle: tú no morirás”.

Por su parte, Viktor Frankl en sus memorias recoge con pudor y humildad la actitud elogiosa de Gabriel Marcel y el hecho de que le escribiera este prólogo: “pude comprobar que las personas realmente grandes, a las que admiraba, que hubieran tenido todo el derecho de criticarme, fueron indulgentes conmigo, y fueron capaces de ver siempre algo positivo, más allá de lo insuficiente de mis esfuerzos. No solo fue así con Martin Heidegger, sino también con Ludwig Binswanger, Karl Jaspers y Gabriel Marcel” (Frankl, V. (2017). *Lo que no está escrito en mis libros. Memorias*. Herder: Barcelona. p. 114).

Prólogo

Marcel, G. (1967). Préface. En: V. Frankl. *Un psychiatre déporté témoin*. Lyon: Editions du Chalet.

Fue en Viena donde conocí a Viktor Frankl por primera vez y de ninguna manera he olvidado la profunda emoción que sentí en presencia de este sobreviviente de los campos de la muerte. Al mismo tiempo, me impresionó su calma, al menos aparente, dado su autocontrol, a pesar de que su esposa y otros miembros de su familia habían perecido. Las palabras mesuradas que pronunciaba ante mí este psicólogo, este médico, me tocarían en lo más profundo: tenía el sentimiento de estar frente a un enviado venido de otro mundo, un Emisario, retomando el título de un libro que yo escribía y que terminaría dos años más tarde.

Desafortunadamente, no es difícil prever la reacción que tendrán varios consumidores al descubrir este pequeño libro en sus librerías: “¡Otro libro sobre los campos de concentración! ¿No acabaremos nunca con eso? Estoy saturado y, además, no tengo nada más que aprender sobre el tema”.

Consumidor, dije. El término puede sorprender, pero expresa bien lo que quiero decir. Ataño a esos que consumen la literatura como se consumen langostas u ostras, y que piden a su cocinero cambiar el menú. Solamente que aquí no se trata de literatura, y hay que tener en mente que lo principal -la muerte, el amor alcanzado en su verdad, como es posible

sólo entre los grandes, que son tan pocos- no sabría aparecer en ningún “menú”, no se “consume”, en absoluto.

A una mujer alemana, de quien sabría después que había escondido judíos durante la guerra, que no ha escatimado, desde 1945, los esfuerzos más meritorios por recrear lazos entre jóvenes franceses y alemanes, que se mostraba apenada ante mí al ver multiplicarse el año pasado las manifestaciones a las cuales daba lugar, en Francia, el 20º aniversario del regreso de los deportados, por perpetuarse de esta manera recuerdos poco propicios para mantener la amistad franco-alemana, le digo, dulcemente y sin aspereza: Qué quiere, lo que pasó en los campos de la muerte es imborrable. Auschwitz, Bergen Belsen, Mauthausen y otros tantos lugares infernales son y serán las referencias de una historia que ningún hombre, digno de este apelativo, tiene el derecho de dejar a un lado, porque eso nos concierne a todos. Los testimonios de los sobrevivientes no pueden dejar de persuadirnos sobre la realidad del infierno, como la vida de los santos nos asegura de la realidad del Cielo.

Además, todo esto debería ser pensado en conjunto, fuera de las pseudo-síntesis a las que han procedido, en general, los teólogos patentados, esos para quienes la teología no es más que un campo de trabajo como cualquier otro, un lugar de erudición y de raciocinio. Pero creo que la historia de la cual se trata aquí no se dejará descifrar hasta el final de los tiempos y en las condiciones que no podemos imaginar.

Lo que aquí querría decir es que el pequeño libro de Viktor Frankl, aparecido en 1946, pero que leí solamente en épocas recientes, constituye un testimonio que no es único, pero sí de una calidad excepcional, al lado del cual muchos otros parecen solamente anecdóticos. Lo que es evocado aquí con una precisión conmovedora son las fases por las cuales pasaron, en general, los deportados en el transcurso de lo que yo llamaría más propiamente un descenso al infierno que un viacrucis.

Nada de la verdad, absolutamente nada del horror es aquí ocultado o endulzado, pero tampoco se traduce esto en voluntad de exhibicionismo sádico que podría, al fin y al cabo, disculpar la atrocidad sin nombre de las pruebas padecidas. Las páginas más bellas y más sorprendentes son, por tanto, aquellas donde Frankl nos revela que, no en todos pero sí

en muchos, la necesidad de salvaguardar la interioridad persistió contra toda probabilidad.

No pude contener las lágrimas leyendo el pasaje donde evoca la manera en que se impuso ante él la imagen, la presencia de su compañera -una joven mujer de 24 años, encarcelada ella también en un campo de concentración y de quién no sabía si estaba todavía con vida. A pesar de ello esta presencia se imponía ante él con una claridad y una autoridad tales, que la cuestión de saber si estaba todavía entre esos a quienes llamamos vivos perdía de alguna manera su importancia y hasta su sentido.

Son también muy conmovedoras las páginas donde Frankl evoca a la vez el sentido de la belleza y del humor, que subsistían por momentos, como los trazos imborrables del mundo verdadero, del mundo de los hombres.

No deberíamos, sobre todo, tranquilizarnos, de alguna manera, sobreestimando la importancia de sus elementos positivos. Lo que importa, y de lejos, es el estupor y el pavor frente a toda la inhumanidad que se desplegó en los campos. Desgraciadamente, sería falso tratar de tranquilizarse, aquí también, buscando persuadirnos de que fuera de unos cuantos verdugos, hubo allí, entre esos que apenas nos atrevemos a llamar el personal, mucha gente simplemente mediocre. La realidad es infinitamente peor. Frankl nos dice al final de su libro que los seres humanos se dividen en dos categorías, la gente decente y los otros. La palabra decente traduce muy imperfectamente el término alemán *anständig*, y la palabra inglesa para “decente” tampoco es la más adecuada. El término alemán me parece que se refiere a la idea de un cierto comportamiento educado. Pero desgraciadamente, esta educación ha cedido su lugar a la más innombrable debilidad, y cómo no evocar, teniendo en cuenta la actualidad, todas las situaciones, en Argelia o en Santo Domingo, o en Indochina, donde ha sucedido exactamente lo mismo.

Y es esa seguramente otra razón para leer este libro con la mayor atención para proscribir, para acorralar todo sentimiento de superioridad. La única característica, y tal vez sin paralelo, de los campos alemanes, me parece que ha sido el rigor metodológico, o para utilizar un término ale-

mán que tiene apenas equivalente en nuestro idioma, la *Gründlichkeit* con la cual fue ejecutada la obra de exterminio.

He aquí que, lo que tal vez, podría dar lugar a un acento importante. ¡No! No se trata ciertamente de hacer la apología del desorden, pero creo que conviene observar que el orden bajo sus formas burocráticas, ahí donde es llevado al extremo, no presenta únicamente un carácter de neutralidad en relación a los valores en sí mismos, sino que contiene en sí un germen de perversión, tal vez en primer lugar porque la apariencia de perfección que le atañe conlleva una complacencia de sí mismo, por lo que temo que no se pueda confrontar su carácter luciferino. La transición de lo luciferino a lo satánico se opera insensiblemente. Que los tecnócratas, ante los cuales nuestro mundo está desgraciadamente cada vez más sometido, se pongan en guardia contra este peligro al cual están todos expuestos, si la voluntad de organización que los mueve no encuentra su contrapeso en esta fuerza que no reposa más que en el alma, donde los descerebrados creerán encontrar lo contrario de una fuerza, porque se llama humildad.